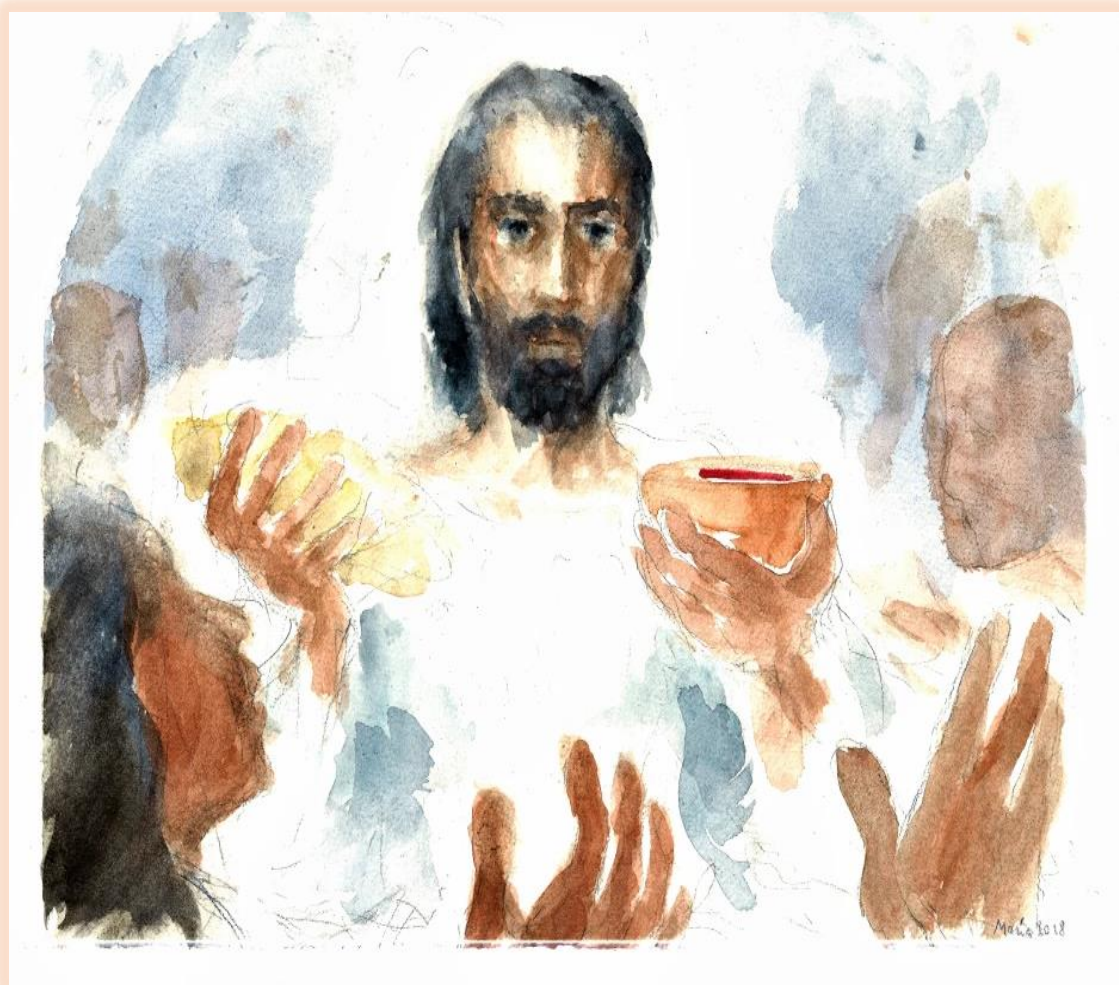


Sal y Luz

Solemnidad del Corpus Christi (B)-6.6.2021

Nº 81 Parroquia San Carlos Borromeo

Mientras nos nutrimos con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, nos asimilamos a Él, recibimos en nosotros su amor, no para retenerlo celosamente, sino para compartirlo con los demás. Esta lógica está inscrita en la eucaristía, recibimos su amor en nosotros y lo compartimos con los demás. Esta es la lógica eucarística. En ella, de hecho, contemplamos a Jesús como pan partido y donado, sangre derramada por nuestra salvación. Es una presencia que, como un fuego, quema en nosotros las actitudes egoístas, nos purifica de la tendencia a dar sólo cuando hemos recibido, y enciende el deseo de hacernos, también nosotros, en unión con Jesús, pan partido y sangre derramada por los hermanos. (P. Francisco 3.6.2018)



Io sono il pane della vita, María Cavazzini

***Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre.
(Mc 14, 12-16.22-26)***

COMENTARIO

Primera lectura: Ez 24, 3-8: *Esta es la sangre de la alianza..*

Salmo Resp.: Sal 115: *Alzaré la copa de la Salvación, invocando el nombre del Señor.*

Segunda lectura: Heb 9, 11-15: *La sangre de Cristo podrá purificar nuestra conciencia.*

Evangelio: Mc 14, 12-16.22-26: *Esto es mi cuerpo. Este es mi sangre.*

CORPUS CHRISTI:

Presencia real de Jesús en nosotros

Introducción:

Para poder vivir bien la fiesta ayuda saber cómo empezó. La fiesta del Corpus Christi empezó en el siglo XIII, quiere decir que pasaron mil doscientos años después de Cristo y todavía la Iglesia no había tenido una celebración como ésta. Durante el primer milenio la Iglesia vivía la Eucaristía sin resaltar el aspecto especial que ahora resalta la Iglesia, **que es dar gracias a Dios por este Sacramento, pero especialmente, por la presencia de Cristo, el Señor, en la Eucaristía.** Esto es lo que realza la solemnidad del Corpus Christi.

Y ¿cómo empezó? Pues a través de la experiencia espiritual de una mujer, de una monja, santa Juliana de Cornillon, que vivía en los Países Bajos, en Lieja. Esta mujer impresionante, fue descubriendo cómo esa presencia del Señor en la Eucaristía era un verdadero tesoro. Porque ciertamente leyendo la Escritura no es un aspecto que resalte especialmente. Durante el primer milenio la Iglesia iba reservando la Eucaristía, valoraba esa presencia, pero reservada especialmente para llevar la comunión a los enfermos.

Santa Juliana, de la mano del Señor, descubre esa dimensión tan importante de la Eucaristía, **y es que el Señor, realmente, está presente y vivo entre nosotros de una manera única y eminente en la Eucaristía.**

La Providencia divina quiso que a esta monja la conociera un sacerdote -que luego fue Papa-, que se había impregnado de lo que esta mujer presentía, y había descubierto que verdaderamente era obra del Señor, de manera que cuando él fue nombrado Papa promueve la fiesta.

Y para promover la fiesta y fijar la liturgia busca el apoyo de la Iglesia, busca sobre todo a santo Tomás de Aquino y a san Buenaventura, dos de los mayores teólogos y doctores que tiene la Iglesia.

Esto ¿qué nos dice a nosotros? Pues nos dice que lo que vamos a celebrar es **algo que el Señor ha enseñado a su Iglesia, no es un razonamiento que nosotros hemos hecho, sino que el Señor se ha cuidado de hacer entender a la Iglesia el misterio que se trae entre manos, que es a Jesucristo**, el cual no es una idea sino una persona, y lo más importante del Señor en la vida de la Iglesia es que Él se entrega cada día en la Eucaristía, se entrega porque se hace presente, y por eso nosotros **aprendemos a adorar al Señor vivo en medio de este mundo**, que baja del cielo al altar para alimentar y saciar el deseo de Dios que llevamos en el corazón.

Es difícil entender que un cristiano afirme que la misa no le dice nada. Muchos cristianos abandonan la eucaristía aduciendo esta razón. Intentando comprender la sinceridad de quien piensa así, podemos suponer ignorancia del significado de la eucaristía. Se desconoce su origen, el valor de sus signos y palabras, y, en último término, la intención de Jesús al ofrecer su cuerpo y sangre como comida y bebida. Quien ignora esto no entiende nada. También puede ser que la rutina de nuestras misas borre la belleza de su contenido. Como la fotografía de un ser querido termine por no decir nada cuando el tiempo ha borrado su imagen convertida en una mera sombra.

Sabemos, sin embargo, que la eucaristía ha suscitado siempre fascinación entre los cristianos sencillos y humildes, y entre los grandes místicos que han descubierto en ella el pan bajado del cielo: *Yo soy el pan vivo bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.*

Curiosa paradoja: los hombres prefieren llenar sus estómagos antes que vivir eternamente. Esperan ser saciados de bienes materiales y desprecian a quien ofrece vivir para siempre. La eucaristía es Cristo mismo ofreciendo al hombre vivir para siempre. Las palabras de Jesús nos revelan una intimidad entre él y los suyos que supera toda imaginación y todo idealismo desencarnado. Jesús afirma que su cuerpo es comida y su sangre bebida. San Ignacio de Antioquía dice que la eucaristía es *remedio de inmortalidad, antídoto para no morir sino para vivir en Jesucristo para siempre*. Y conmueve leer en las memorias del cardenal vietnamita Van Thuán, en proceso de canonización, **que era la misa, celebrada secretamente en el campo de concentración, cuando lograba obtener un poco de pan y de vino,**

la que le sostuvo en medio del sufrimiento haciendo él mismo de su propia vida una eucaristía —es decir, una acción de gracias— ofrecida a Dios.

Ante testimonios de este tipo, ¿cómo podemos devaluar la misa o caer en la rutina? ¿qué ha ocurrido entre los cristianos para que la entrega de Cristo, que se actualiza en cada eucaristía haya dejado de decirnos algo? ¿qué sucede en nuestras asambleas dominicales cuando el memorial de Cristo se convierte en un recuerdo borroso del pasado y no en el aliciente para ofrecer nuestra vida a Dios como la han ofrecido los santos? Después de tantos siglos de cristianismo, debemos volver a escuchar de labios de Cristo **la invitación a vivir en él y él en nosotros: esto es la eucaristía.**

La liturgia nos propone tres textos para la solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo. El primero tomado del libro del Éxodo está relacionado con el establecimiento de la antigua alianza; el segundo es un pasaje de la carta a los Hebreos que presenta el misterio de Cristo también como misterio de mediación y de alianza; el tercero es el Evangelio que nos habla de la institución de la Eucaristía como misterio de alianza; en consecuencia, toda la liturgia de la Palabra nos hace reflexionar sobre el significativo tema de la alianza.

1.- Ex 24, 3-8: establecimiento de la Antigua Alianza

Ya desde el Antiguo Testamento se constata que Dios se propone establecer una alianza. El Señor liberó a su pueblo de Egipto para hacer una alianza con él. El libro del Éxodo nos recuerda cómo se instituyó esta alianza del Sinaí.

El texto pone de relieve en primer lugar, los mandamientos del Señor. Moisés refiere al pueblo todas las normas dictadas por el Señor y el pueblo se compromete de inmediato a respetarlas respondiendo: *haremos todo lo que manda el señor y obedeceremos.*

La alianza se estipula sobre la base de un compromiso recíproco. Dios se compromete a ocuparse de su pueblo, a guiarlo, a protegerlo y a salvarlo en caso de peligro. El pueblo por su parte promete a Dios observar su ley. Leemos en el libro del Éxodo: *Moisés tomó el documento del pacto y se lo leyó en voz alta al pueblo el cual respondió: haremos todo lo que manda el señor y obedeceremos.*

Ahora bien, para establecer una alianza no basta la ley: también hace falta un rito de fundación, que consiste en un sacrificio de alianza, en el que se realiza una aspersion con sangre. Por eso nos dice el autor del libro del Éxodo: *mandó a*

algunos jóvenes israelitas ofrecer los holocaustos y ofrecer novillos como sacrificios de comunión para el Señor.

La alianza queda ratificada con los sacrificios de comunión. Moisés ordena a los jóvenes sacrificar novillos y, a continuación, divide la sangre en dos partes: con una mitad rocía el altar, que simboliza la presencia de Dios; la otra mitad la usa para la aspersion litúrgica. *Moisés tomó el resto de la sangre y roció con ella al pueblo diciendo: “esta es la sangre del pacto que el señor hace con vosotros a tenor de estas cláusulas.”*

La sangre representa la vida para la Biblia. En consecuencia, en el Sinaí se establece una unión vital entre Dios y su pueblo y, en cierto modo, es una misma vida compartida por dos. Ahora bien, para permanecer en esta unión vital es preciso mantenerse fieles al compromiso adquirido, a la voluntad de Dios, que es una voluntad de amor.

Sin embargo, esta voluntad de Dios se opone, en ocasiones, a nuestros deseos naturales, y sentimos la tentación de no seguirla. Esto le ocurría a menudo al pueblo judío en el Antiguo Testamento. El primer episodio que tuvo lugar inmediatamente después del establecimiento de la alianza en el Sinaí -la construcción de un becerro de oro- muestra que el pueblo es infiel a Dios. En consecuencia, la alianza del Sinaí resulta de inmediato ineficaz, no preserva al pueblo del pecado. Y en todo el Antiguo Testamento se repite, como un estribillo, la infidelidad del pueblo elegido a Dios, una infidelidad condenada continuamente por los profetas .

¿Por qué se muestra ineficaz la alianza del Sinaí? Nos lo explica el Nuevo Testamento: Se trata de una alianza externa que no se ha establecido en el corazón del hombre. El rito ejecutado por Moisés es un rito externo: se trata de tomar sangre de animales para establecer la alianza. Ahora bien, nada de esto cambia el corazón de los hombres. La sangre de los animales no tiene ninguna eficacia sobre el corazón humano, no puede procurar la unión con Dios. Esta alianza es así un rito simbólico, pero ineficaz: un rito que prefigura de un modo muy imperfecto el establecimiento de la verdadera alianza, que se realizará con la sangre de Jesús.

2. Evangelio: Establecimiento de la Nueva Alianza.

El Evangelio nos hace ver como estableció Jesús la Nueva Alianza. Se trata de un episodio muy importante en su vida. De ahí que los evangelistas cuenten su

preparación de una manera detallada. No lo hacen así con ningún otro episodio de la vida de Jesús.

Los discípulos le preguntan a Jesús: *¿dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?* Él les da unas instrucciones precisas: *id a la ciudad y os saldrá al encuentro un hombre llevando un cántaro de agua. Seguidlo, él os mostrará un salón en el piso superior, preparado con divanes. Preparádnoslo allí.*

Jesús realiza durante la cena Pascual un gesto sorprendente: tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio diciendo: “Tomad, esto es mi cuerpo”. Y tomando la copa pronunció la acción de gracias, se la dio y bebieron todos de ella. Les dijo: “Esta es la sangre mía de la alianza, que se derrama por todos”. Esto nos hace comprender el modo como Jesús estableció la Nueva Alianza: con su sacrificio. No fue a buscar una víctima en un rebaño, sino que tomó sus propios sufrimientos y su propia muerte, y los transformó en sacrificio de alianza.

Esta iniciativa de Jesús y este gesto suyo, generoso como nunca, cambia en el curso de los acontecimientos. En efecto, de por sí están a punto de tomar un cariz trágico, completamente negativo: Jesús va a ser arrestado, acusado, condenado injustamente y sentenciado a muerte. Se va a producir una sucesión de acontecimientos trágicos escandalosos. Pero en la Última Cena anticipa Jesús todos estos acontecimientos negativos, y les da un sentido positivo: el de un don, una alianza, un amor victorioso. Jesús es el gran vencedor en la Última Cena porque cambia todo el curso de los acontecimientos, dándoles un sentido positivo: toma su pasión y su muerte y los pone al servicio de un don de amor, del establecimiento de la Nueva Alianza.

El gesto de Jesús en la Última Cena ilumina todo el resto de su pasión. Sin este gesto, habríamos seguido en las tinieblas. El Calvario, en efecto, es un acontecimiento tenebroso, en el que se manifiesta la maldad humana, que intenta vencer a la luz y, en apariencia, lo consigue.

Si solo dispusiéramos del relato del Calvario, no podríamos conocer el significado de este acontecimiento. Sin embargo, gracias a la Última Cena, sabemos que este acontecimiento fue transformado por el Corazón de Jesús en un acontecimiento positivo, en un acontecimiento en el que el amor vence al mal y a la muerte. Por eso la Última Cena, así como la Eucaristía en la que participamos, tienen una importancia extrema. Debemos tomar conciencia de esta transformación que Jesús llevó a cabo en la Última Cena y que sigue actuando en todas nuestras celebraciones eucarísticas.

3. Hebreos: El reconocimiento del significado de la Nueva Alianza.

La Carta a los hebreos reconoce a este acontecimiento el significado de establecimiento de la Nueva Alianza. El autor declara que Jesús se ha convertido en *mediador de una Nueva Alianza* gracias a su sangre, o más exactamente, gracias a su ofrenda, que da todo su valor a su sangre.

Jesús entró en el santuario celestial, en la intimidad de Dios, con su cuerpo humano resucitado y por medio de su sangre, es decir, mediante la ofrenda de su vida. Dice la Carta a los Hebreos: Cristo llevando *no sangre de cabras y becerros, sino su propia sangre, entró de una vez para siempre en santuario*. La sangre de Jesús está llena de valor, porque es el signo de su ofrenda: *cuánto más la sangre de Cristo que por el Espíritu eterno se ofreció sin Mancha a Dios*.

Jesús es, al mismo tiempo, víctima y sacerdote en su sacrificio. Es víctima digna de Dios, porque no tiene mancha. Es sacerdote capaz, porque se ofrece a sí mismo, bajo el impulso del Espíritu Eterno, es decir, del Espíritu Santo. Por eso su sacrificio es plenamente eficaz. Tiene la doble eficacia de purificar y santificar. Purifica nuestra conciencia de las *obras muertas, o sea*, de los pecados. Jesús, con su muerte ofrecida por los pecados de los hombres, nos ha obtenido la purificación interior que necesitábamos. Y, por otra parte, su sacrificio nos comunica la santificación necesaria para servir al Dios vivo.

Por estos dos motivos, que revelan la eficacia de su sangre, Jesús es el mediador de una Nueva Alianza. El autor de la Carta a los Hebreos proclama esta realidad con un tono triunfal. En efecto, es una victoria verdaderamente maravillosa haber conseguido establecer una Nueva Alianza, que no es una alianza externa, como la del Sinaí, sino una alianza interior, que parte del Corazón de Jesús y llega a nuestros corazones.

La Nueva Alianza establecida por Jesús no tiene absolutamente ninguna necesidad de ser instituida de nuevo. Ha sido establecida de una vez por todas, porque ahora sigue siendo eficaz para purificar del pecado y para santificar. Se trata de una victoria completa y definitiva.

Esta Nueva Alianza es ante todo un don de amor. Nos la ha obtenido el Corazón de Jesús. Y nosotros debemos estar repletos de alegría en la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo por su victoria, y llenos de gratitud por el inmenso amor con el que se ofreció a sí mismo para establecer una alianza eterna entre Dios y los hombres.

* * * * *

EL COMENTARIO DE LOS PADRES

SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los filadelfios 4, 1-5, 2*

Poned, pues, todo ahínco en usar de una sola Eucaristía; porque una sola es la carne de nuestro Señor Jesucristo y un sólo cáliz para uniros con su sangre; un solo altar, así como no hay más que un solo obispo, juntamente con el colegio de presbíteros y con los diáconos, consiervos míos. De esta manera, todo cuanto hicieréis, lo haréis según Dios.

Hermanos míos, en extremo me derramo en efusiones por el amor que os tengo, y con sumo regocijo de mi parte trato de afianzaros a vosotros; o más bien, no yo, sino Jesucristo. Aún estando por Él entre cadenas, temo más bien, como quien no ha llegado todavía a la perfección. Sin embargo, vuestra oración me hará perfecto ante Dios, para que alcance la herencia que misericordiosamente me cupo en suerte, después de haberme refugiado en el Evangelio como en la carne de Cristo y en los apóstoles como en el senado de la Iglesia.

SAN JUSTINO, *Apología I, 65-1-5*

Por nuestra parte, nosotros, después de así lavado (por el bautismo) el que ha creído y se ha adherido a nosotros, le llevamos a los que se llaman hermanos, allí donde están reunidos con el fin de elevar fervorosamente oraciones en común por nosotros mismos, por el que acabó de ser iluminado y por todos los otros esparcidos por el mundo, suplicando se nos conceda, ya que hemos conocido la verdad, ser hallados por nuestras obras, hombres de buena conducta y guardadores de lo que se nos ha mandado, y consigamos así la salvación eterna. Terminadas las oraciones, nos damos mutuamente el ósculo de la paz. Luego, al que preside a los hermanos se le ofrece pan y un vaso de agua y vino; tomándolos él, tributa alabanzas al Padre del universo por el nombre de su Hijo y del Espíritu Santo, y pronuncia una larga acción de gracias por habernos concedido esos dones, que de Él nos vienen. Y cuando el presidente ha terminado esas oraciones y la acción de gracias, todo el pueblo presente aclama, diciendo: *Amén. Amén*, en hebreo quiere decir: *Así sea*. Y una vez que el presidente ha dado gracias y aclamado todo el pueblo, los que entre nosotros se llaman ministros o diáconos dan a cada uno de los asistentes parte del pan, del vino y del agua sobre los que dijo la acción de gracias, y lo llevan a los ausentes.

SAN JUSTINO, *Apología I, 67, 1-7*

El día que se llama del sol (el domingo) se celebra una reunión de todos los que moran en las ciudades o en los campos, y allí se leen, en cuanto el tiempo lo permite, los Recuerdos de los apóstoles o los Escritos de los profetas. Luego, cuando el lector ha terminado, el presidente, de palabra, hace una exhortación e invitación a que sigamos estos bellos ejemplos. Seguidamente nos levantamos todos a la vez y elevamos nuestras preces; y éstas terminadas, como ya dijimos, se ofrece pan y vino y agua, y el presidente, según sus fuerzas, hace igualmente subir sus preces y acciones de gracias, y todo el pueblo exclama diciendo *Amén*. Ahora viene la distribución y participación, que se hace a cada uno, de los alimentos consagrados por la acción de gracias, y su envío por medio de los diáconos a los ausentes.

Los que poseen bienes de fortuna y quieren, según su libre determinación, dan lo que bien les parece, y lo recogido se entrega al presidente, y él socorre, tomando de ello, a los huérfanos y a las viudas, a los que padecen enfermedad o están necesitados por otra causa, a los que están en las cárceles, a los forasteros de paso, y, en una palabra, él se constituye en provisor de cuantos se hallan en necesidad.

Y celebramos esta asamblea el día del sol, por ser el día primero, en que Dios, transformando las tinieblas y la materia, hizo el mundo; y el día también en que Jesucristo, nuestro Salvador, resucitó de entre los muertos; pues es de saber que le crucificaron la víspera del día de Saturno, y al día siguiente del de Saturno, que es el día del sol, aparecido a sus apóstoles y discípulos, les enseñó estas mismas doctrinas que nosotros os exponemos a vuestra consideración.

SAN AMBROSIO, *Tratado sobre los sacramentos 4, 28*

Cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, anunciáis la muerte del Señor (1 Co 11, 26). Si anunciamos la muerte, anunciamos el perdón de los pecados. Si cuantas veces se derrama la sangre se derrama para el perdón de los pecados, debo recibirla siempre, para que siempre perdone mis pecados. Yo que siempre pecho, debo tener siempre la medicina.

SAN AGUSTÍN, *Obras, Tomo X, BAC, 2ª Ed., Madrid, 1965, Pág. 594-598*

1. La Eucaristía se come por partes.... ¿Qué voz es esa del Señor que os convida? ¿Quién os convida y a quiénes y qué os tiene preparado? Convida el Señor a sus siervos, y de manjar se les ha preparado a sí mismo. ¿Quién osará comer a su Señor? Y, sin embargo, dice: El que me come, vive en mí. Comer a Cristo

es comer la vida. Ni es muerto para ser comido, antes vivifica El a los muertos. Cuando es comido, restaura, pero no mengua. No recelemos, pues, hermanos míos, comer este pan por miedo a concluirle y no hallar después qué comer. Sea comido Cristo; comido vivo, porque de la muerte ya resucitó. Ni cuando le comemos le dividimos en partes. Esto sucede con las especies sacramentales, ciertamente; los fieles saben cómo se come la carne de Cristo; cada cual recibe su parte; por eso la gracia misma -la Eucaristía- se llama partes. Se le come a partes y permanece todo entero; todo entero se halla en tu corazón. Todo Él estaba en el Padre cuando vino a la Virgen; la llenó a ella y no se apartó de Él. Venía a la carne para que los hombres le comieran, y permanecía todo entero en el cielo para ser alimento de los ángeles. Porque habéis de saber, hermanos -los que lo sabéis, y los que no lo sabéis debéis saberlo-, que, cuando Cristo se hizo hombre, comió el hombre el pan de los ángeles. ¿Por dónde, cómo, por qué medio, por qué merecimientos, por qué dignidad había el hombre de comer el pan de los ángeles, si no se hiciera hombre el Criador de los ángeles? Comámosle tranquilamente; no por comerle se termina, antes debemos comerle para que no terminemos nosotros. ¿Qué cosa es comer a Cristo? No es sólo recibir su cuerpo en el sacramento, porque también le reciben muchos indignos, de los que dice el Apóstol: El que come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, se come y bebe su propio juicio.

2. Temores y Escrúpulos para Comulgar. Pues ¿cómo ha de ser comido Cristo? Como El mismo dice: Quien mi carne come y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Esto es comerle, esto es beberle; porque si alguien no permanece en mí ni yo en él, aunque reciba el sacramento, sólo es para su tormento. Y quién sea el que permanece en él, dícelo en otro lugar: *El que cumple mis mandamientos, ése permanece en mí y yo en él.* Ved, pues, hermanos, que, si los fieles os separáis del cuerpo del Señor, es de temer que muráis de hambre.

El mismo, en efecto, ha dicho: El que no come mi carne ni bebe mi sangre, no tendrá en sí la vida. Por donde, si os abstenéis de comer el cuerpo y la sangre del Señor, es de temer perezcais; y si lo coméis indignamente o indignamente lo bebéis, se ha de temer que comáis y bebáis vuestra propia condenación. Aprieto grande, por cierto. Vivid bien, y los aprietos se aflojan. No queráis prometeros la vida viviendo mal; lo que no promete Dios, engañase cuando se lo promete a sí mismo el hombre. Testigo malo, te prometes lo que la Verdad te niega. La Verdad dice *Si vivís mal, moriréis eternamente*, y ¿dices tu: *Yo vivo mal, y viviré eternamente con Cristo?* ¿Cómo puede suceder que mienta la Verdad y digas tú la verdad? Todo hombre es mentiroso. Luego no podéis vivir bien si Él no os ayuda,

si Él no os diere la gracia de vivir bien. Pedid esto en la oración, y comed. Orad, y os veréis libres de estos aprietos. Porque Él os llenará, tanto en el bien obrar como en el bien vivir. Examinad vuestra conciencia. Vuestra boca se llenará de alabanza de Dios y de regocijo, y, libres de las grandes angustias, le diréis: Fuísteme abriendo paso por doquiera que iba, y no flaquearon mis pies.

* * * * *

CARTA A TEODORO

Querido Teodoro:

¡Que el Señor te bendiga y te guarde!

Espero que hayas recibido mi última carta, en la que te contaba algunas de las cosas que estábamos viviendo por nuestras tierras. Poco a poco el tiempo va imponiendo su ley (*tempus fugit*, decían nuestros abuelos), y, antes de que nos demos cuenta, el curso se ha terminado.

Nos acercamos al Domingo en el que la Iglesia conmemora en algunos lugares la Solemnidad del Corpus Christi, una de las fiestas más bonitas y con más raigambre popular de todas las del calendario litúrgico. Y te puedes preguntar: ¿Qué necesidad había de instituir una nueva fiesta? ¿Es que la Iglesia no recuerda la institución de la Eucaristía el Jueves Santo? ¿Acaso no la celebra cada domingo y, más aún, todos los días del año? De hecho, el Corpus Christi es la primera fiesta cuyo objeto no es un evento de la vida de Cristo, sino una verdad de fe: la presencia real de Él en la Eucaristía. Esta fiesta responde a una necesidad: la de proclamar solemnemente tal fe; se necesita para evitar un peligro: el de acostumbrarse a tal presencia y dejar de hacerle caso. Nosotros no podemos recibir a Dios sino como Dios, esto es, conservándole toda su santidad y su majestad. ¡No podemos domesticar a Dios!

Lo que más me ha llamado la atención de las lecturas del día son estas palabras de la carta a los Hebreos: *La sangre de Cristo, ofrecida a Dios como sacrificio sin mancha, purificará nuestra conciencia de las obras muertas, llevándonos al Culto del Dios vivo*.

En estas palabras, querido Teodoro, veo yo dos cosas. Por una parte, el valor de la sangre de Cristo, que, derramada sobre nosotros como el agua del bautismo, nos ha alcanzado el perdón de los pecados y ha engendrado en nosotros una conciencia limpia y nueva. Una conciencia que ha recibido la capacidad para juzgar la vida y los acontecimientos, las personas y las cosas, no según su propio interés, ni según su capricho o comodidad, sino según un criterio nuevo, el de la caridad de Dios; se nos ha concedido una conciencia limpia que ha de buscar la verdad y el bien por encima de todo. ¿Te das cuenta, Teodoro, lo que eso significa?

Por otra parte, cuando el autor de Hebreos dice que Cristo nos ha llevado al culto del Dios vivo, entiendo lo siguiente: que nuestra existencia entera no puede ser más que una oblación, un sacrificio para la alabanza de Dios. ¡Somos víctimas con Cristo!

Hace poco, contemplando a una madre a punto de dar a luz, me vino al corazón que todos los hombres hemos sido alimentados durante nueve meses en el seno de nuestra madre, con su propio cuerpo y con su propia sangre. De una manera semejante, Cristo por medio de nuestra Madre, la Iglesia, alimenta en nosotros su vida feliz y eterna, **con su propia carne y su propia sangre**. La carne y la sangre de Cristo: *El que come mi carne y bebe mi sangre vivirá por mí*. ¡Que cuidado el de nuestro Dios para con nosotros! ¿verdad?

Antes de despedirme, quería recordarte que pidas por los que toman decisiones importantes estos días y da un abrazo muy fuerte a tus padres. Y tú, recíbelo también de tu amigo y persevera hasta el final,

Doroteo

Una homilía de San Carlos Borromeo

SAN CARLOS BORROMEIO, Homilías Eucarísticas y sacerdotales , Ed. Series Grandes Maestros n° 7, Pág.12-18

Homilía pronunciada en Milán en la iglesia metropolitana durante la celebración de la misa, 9 de junio de 1583 .

Todos los misterios de Nuestro Salvador Jesucristo, queridísimas almas, son sublimes y profundos: nosotros los veneramos en unión con la sacrosanta Madre Iglesia. Sin embargo, el misterio de hoy, la institución del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, por medio del cual el Señor se ha entregado en comida a la almas fieles, es tan sublime y elevado que supera toda comprensión humana. Tan grande es la bondad del Sumo Dios, en Él resplandece tal amor que cualquier inteligencia queda sobrepasada; nadie podría explicarlo con palabras, ni comprenderlo con la mente. Pero ya es mi deber hablaros de ello por el oficio y la dignidad pastoral, os diré también algo de este misterio. Brevemente, esta homilía estará centrada sobre todo en dos puntos: los cuales son las causas de la institución de este misterio y cuáles los motivos por los que lo celebramos en este tiempo.

En el Antiguo Testamento se narra la nobilísima historia del Cordero Pascual que debía ser comido dentro de la casa de cada familia; en el caso de que después sobrara y no pudiera ser consumido, debía ser quemado en el fuego. Aquel Cordero era la imagen de nuestro Cordero Inmaculado, Cristo el Señor, que se ofrece por nosotros al Padre Eterno sobre el Altar de la Cruz. Juan, el Precursor, viéndolo dijo: *He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo* (Jn 1, 29). Aquella maravillosa figura nos ha enseñado que el Cordero Pascual no podía ser totalmente comido con los dientes de la contemplación, sino que debía ser quemado completamente en el fuego del amor (Cfr. Ex. 12,10 ss.).

Pero cuando medito conmigo mismo que el Hijo de Dios se ha entregado completamente en alimento a nosotros, creo que no hay más espacio para esta distinción: este misterio debe ser abrasado totalmente en el fuego del amor. ¿Qué motivo, sino sólo el amor, pudo mover al Bondadosísimo y Grandísimo Dios a darse como alimento a esa mísera criatura que es el hombre, rebelde desde el principio, expulsado del Paraíso Terrenal, a este mísero valle desde el principio de la creación por haber probado del fruto prohibido? Este hombre había sido creado a imagen de Dios, colocado en un lugar de delicias, puesto a la cabeza de toda la creación: todas las demás cosas habían sido creadas para él. Transgredió el precepto divino, comiendo del fruto prohibido y, mientras estaba en una situación de privilegio, no

lo comprendió ; por eso fue asimilado a los animales que no tienen intelecto (Sal. 49,13); por eso fue obligado a comer su misma comida.

Pero Dios ha amado siempre tanto a los hombres que pensó en el modo de levantarlos tan pronto como habían caído; para que no se alimentaran del mismo alimento destinado a los animales ¡contemplad la infinita caridad de Dios! se dio a sí mismo como alimento, como alimento al hombre. Tú Cristo Jesús, que eres el Pan de los Ángeles, no te has negado a convertirte en alimento de los hombres rebeldes, pecadores, ingratos ¡Oh grandeza de la dignidad humana! ¡Por un acontecimiento singular, cuánto mayor, cuánto mayor es la obra de la reparación, cuánto supera esta dignidad sublime a la desgracia! ¡Dios nos ha hecho un favor singular! ¡Su amor por nosotros es inexplicable! Solo este amor pudo mover a Dios a hacer tanto por nosotros. Por ello ¡qué ingrato es quien no medita en su corazón y no piensa a menudo en estos misterios!

Dios, Creador de todas las cosas, había previsto y conocido nuestra debilidad, y que nuestra vida espiritual necesitaría un alimento para el espíritu, así como la vida del cuerpo necesita un alimento material; por ello ha dispuesto para nosotros que hubiera abundancia de cada uno de estos dos alimentos; por una parte el alimento para el cuerpo; por otra el alimento del que gozan los Ángeles en el cielo, y nosotros podemos comer aquí en la misma tierra, oculto bajo especies de pan y vino. La santísima sierva de Dios, Isabel ante la visita de la Madre de Dios, no pudo dejar de exclamar: *¿A qué debo que la Madre de mi Señor venga a mi?* (Lc. 1,43). Pero ¡cuánto más debería exclamar quien recibe dentro de sí a Dios mismo!: *¿a qué debo que venga a mi, pecador, miserable, ingrato, indigno gusano y no hombre, oprobio de los hombres y abyección del pueblo, que entre en mi casa, a mi alma que a menudo he educido a cueva de malhechores, y en mi habite mi Señor, Creador, Redentor y mi Dios, ante cuya presencia los Ángeles desean estar?*

Vayamos al segundo punto de reflexión. Oportunamente hoy la Iglesia celebra la solemnidad de este santísimo misterio. Podía parecer más oportuno celebrada en la Feria Quinta *in Coena Domini*, día en el que sabemos que nuestro Salvador Cristo, ha instituido este Sacramento. Pero la Santa Iglesia es como un hijo, correcto y bien educado, cuyo padre ha llegado al término de sus días y mientras está a punto de morir, le deja una herencia amplia y rica; no tiene tiempo de entretenerse en el patrimonio recibido: está totalmente volcado en llorar al padre. Así la Iglesia, Esposa e Hija de Cristo, está tan atenta a llorar en aquellos días de pasión y de atroces tormentos, que no está en condiciones de celebrar como querría esta inmensa heredad a Ella entregada: los Santísimos Sacramentos instituidos en estos días.

Por tal motivo ha fijado este día para la celebración: en donde, por el inmenso don recibido, querría rendir de modo muy particular a Cristo aquella maravillosa acción de gracias que a causa de nuestra pobreza no somos capaces de ofrendarle. Por eso el Hijo de Dios, que conoces todo desde la eternidad ha venido en ayuda de nuestra debilidad con la institución de este Santísimo Sacramento: por nosotros *Él dio gracias a Dios, bendijo y partió el pan* (Mt. 26,26; Lc. 24,30). Con esta institución nos ha enseñado a darle gracias al máximo por un don tan grande. Pero ¿por qué la Santa Madre Iglesia ha establecido precisamente este tiempo para celebrar tal misterio? ¿Por qué precisamente después de la celebración de los otros misterios de Cristo: después de los días de Navidad, de la Resurrección, de la Ascensión al Cielo y la venida del Espíritu Santo?

Hijo, no temas: ¡todo esto no es sin motivo! Este misterio santísimo está tan ligado a todos los demás y es remedio tan eficaz en consideración de ellos, que con mucha razón está unido a ellos. Por medio de este Santísimo Misterio del Altar, recibiendo la vivificante Eucaristía, con este Pan Celestial los fieles son tan eficazmente unidos a Cristo que pueden tocar con su boca desde el costado abierto de Cristo los infinitos tesoros de todos los Sacramentos.

Pero hay otra razón para esto. Entre los misterios del Hijo de Dios que hasta ahora hemos meditado, el último fue la Ascensión al Cielo. Ello sucedió para que Él recibiese a título propio y nuestro la posesión del Reino de los Cielos y se manifestará el dominio que poco antes había afirmado: *Me ha sido dado el poder en el cielo y en la tierra* (Mt. 28,18). Como cualquier Rey, en el acto de recibir la posesión de un reino, se dirige antes que a cualquier otra ciudad a aquella que es la capital y metrópolis del reino (y como un Magisterio o Príncipe que se prepara para administrar un reino en nombre del Rey), así también Cristo: honrado con la señoría más grande y con todo derecho en el cielo y en la tierra, en primer lugar tomó posesión del Cielo, y desde allí, como haciendo una demostración, difundió sobre los hombres los dones del Espíritu Santo. Pero habiendo elegido reinar también en la tierra, nos dejó a Él Mismo aquí, en el Santísimo Sacrificio del Altar, en este Santísimo Misterio que hoy celebramos. Por este motivo extraordinario la Iglesia ordena que sea llevado por todos en procesión en forma solemne por ciudades y pueblos.

Cuando el poderoso Rey Faraón quiso honrar a José, mandó que se le condujera por las calles de la ciudad y, para que todos conocieran la dignidad de quien había explicado los sueños del Faraón, le dijo: *Tú serás quien gobierne mi casa, y todo mi pueblo te obedecerá: solo por el trono seré mayor que tú. Mira, te pongo sobre toda la tierra de Egipto. El faraón se quitó el anillo de la mano y lo puso en la mano de José; hizo que le vistieran de oro. Después los hizo subir sobre*

su segundo carro y delante de él un heraldo gritaba, para que todos se arrodillaran delante de él. Y así lo puso al frente de todo el país de Egipto. (Gn. 41,40 ss.)

También Asuero, cuando quiso honrar a Mardoqueo, le hizo vestir vestiduras reales, los hizo subir a su caballo y a tal fin mandó a Amán que lo condujera por la ciudad y gritara: *Aquí viene el hombre a quien el Rey quiere honrar* (Est. 6,11).

Dios quiere ser el Señor del corazón del hombre; quiere ser honrado, como conviene, por todos los hombres. Por esto hoy, de forma solemne, conducido por el Clero y por el Pueblo, por los Prelados y los Magistrados, recorre las calles de la ciudad y de los pueblos. Por esta razón la Iglesia profesa públicamente que Éste es nuestro Rey y Dios, de quien hemos recibido todo y a quien debemos todo.

Oh, hijos queridísimos en el Señor, mientras hace poco caminaba por las calles de la ciudad, pensaba en una multitud tan grande y en variedad de personas que hasta hoy, hasta nuestros días está oprimida por la miseria de la esclavitud y por largo tiempo ha tenido que servir a amos tan viles y crueles. Veía a un cierto número de jóvenes que se han dejado dominar por la lascivia y la pasión y, como dice el Apóstol (Cfr. Fil. 3,19), han proclamado como dios a su propio vientre. (Quienquiera que pone cualquier cosa como fin de su propia existencia, quiere que tal cosa sea su dios. En efecto Dios está en el término de todo). Que renuncien éstos a la carne, a la lujuria, a frecuentar los lupanares y tabernas, las malas compañías; que renuncien a los pecados y reconozcan al Verdadero Dios que la Iglesia profesa por nosotros. Lloraba por la soberbia y la vanidad de algunas mujeres que se idolatran a ellas mismas, y dedican aquellas horas de la mañana que debieran consagrar a la oración, al maquillaje de sus rostros y al peinado de sus cabellos, hasta el punto de hacer pobres infelices a sus maridos y mendigos a sus hijos y consumir su patrimonio. De ello se derivan mil males, los contratos ilícitos, el no pagar las deudas, el no dar cumplimiento a las últimas voluntades piadosas; de ello el olvido del Dios Bondadosísimo y Grandísimo, el olvido de nuestra alma. Veía a tantos avaros, mercaderes del infierno, gente que a tan caro precio compra para sí el fuego eterno; de ellos con razón dice el Apóstol: *La avaricia es una forma de idolatría* (Ef. 5,5; Col. 3,5). Aparte del dinero no tienen otro Dios, sus acciones y palabras están dirigidas a pensar y decidir cómo ganar mejor, conseguir terrenos, comprar riquezas.

No podía dejar de ver la infidelidad de algunos que se declaran expertos en la ciencia de gobernar y sólo tienen esto ante sus ojos. Son quienes no dudan pisotear la ley de Dios que ellos declaran contraria a la forma de gobernar (¡pobres y desgraciados!) y obligan a Dios a retirarse. ¡Hombres dignos de lástima! (¿Y deben llamarse Cristianos quienes estiman y declaran públicamente a sí mismos y al mundo más importantes que a Cristo?).

El Señor ha venido, con esta santa institución de la Eucaristía, a destruir todos estos ídolos, a fin de que con el Profeta Isaías, hoy podamos exclamar al Señor: *Sólo en Ti es Dios; no hay otros, no hay otros dioses. En verdad tú eres un Dios escondido, Dios de Israel, Salvador* (Is. 45,14 ss.). Oh Dios bueno hasta ahora hemos sido esclavos de la carne, de los sentidos, del mundo; hasta ahora dios ha sido para nosotros nuestro vientre, nuestra carne, nuestro oro, nuestra política. Queremos renunciar a todos estos ídolos: honrarte sólo a Ti como verdadero Dios, venerarte a Ti que nos has hecho tantos beneficios y, sobre todo, te has engendrado a Ti mismo como alimento para nosotros. Haz, te ruego, que desde ahora en adelante nuestro corazón sea sólo tuyo y nada nos aparte más de tu amor. Que prefiramos mil veces morir antes que ofenderte aún mínimamente. Y de este modo, haciéndonos mejores, con la fuerza de tu gracia, gozaremos eternamente de Tu Gloria. Amén.